

# ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 6 NOVIEMBRE 1958  
NÚM. 556 AÑO XI

## SU SANTIDAD, JUAN XXIII



Después de unos días de luto y orfandad, la grey católica vive el júbilo y la confianza, la seguridad, viendo de nuevo la Silla de Pedro ocupada. A una corta sensación de desamparo, a un cierto y angustioso desconcierto del rebaño sin Pastor, ha seguido la exaltada alegría del mundo cristiano ante la proclamación de su Nuevo Pontifice. Tanto en el prado como en el aprisco, nuevamente un corazón velará, unas santas manos conducirán y la oveja perdida será hallada.

El ansia y la expectación que precedieron al nombramiento del nuevo Papa, la excitada impaciencia de los trescientos mil congregados en la Plaza de San Pedro en Roma, esperando el resultado del Conclave, los miles inmóviles y atentos a las emisiones de Radio Vaticana, no estaban pendientes de un nombre, como hubiesen podido estarlo en cualquier normal sufragio, estaban única y simplemente pendientes de la seguridad o inseguridad inmanentes de tener o no tener Pastor. Bien lo demuestra la desilusión que se apoderaba del ánimo de todos, cuando la fumata dejaba su espiral negra en el cielo, bien lo comprueba el clamor unánime de la muchedumbre al escuchar el clásico

mensaje: HABEMUS PAPAM. Y cuando inmediatamente fué dado a conocer el nombre del Nuevo Pontifice, es verdad, también, que fué aclamado con júbilo y entusiasmo, pero también lo hubiese sido otro, ya que el cristiano deposita su fe en la inspiración del Santo Espiritu en las deliberaciones del Sacro Colegio Cardenalicio reunido en Conclave. En consecuencia, las ya naturales dotes y virtudes del que fué Patriarca de Venecia, cardenal Angel José Roncalli, una vez proclamado Papa, quedan exaltadas y sublimizadas por el acto de la designación. No ante el cardenal Angel José Roncalli, sino ante Juan XXIII, el mundo católico se inclina con acato y devo-

ción filial, y rinde tributo a sus virtudes.

Es el Papa, es el Pastor.

Sorprendió de momento que el nuevo Pontifice eligiera el nombre de Juan, ya que este nombre abundó en los turbulentos días de los Anti-Papas, y también por haber sido el último. Juan, el vigésimo segundo, el que legalizó la extraña actitud de Clemente V, al trasladar la sede pontificia de Roma a la ciudad languadociana de Avignon, en 1316, dejándose someter y protegiéndose bajo las armas del imperio francés. También fué Juan XXII quien procuró rodear a la persona del Papa de una magnificencia que sustituyera, por el boato, la pérdida del prestigio espiritual de la Iglesia.

Désvanecida esta primera sorpresa, personalmente he sabido ver un acto de profunda humildad del nuevo «Servus Servorum Dei» en el hecho de haber elegido el nombre de Juan. Un público y santo perdón sobre la memoria de unos tristes errores. Como si en el momento de ser investido Papa, de descender sobre él una herencia y la gracia divinas, hubiese querido recordar al mundo que la Iglesia, aunque instituida por el propio Dios, lleva en si todos los rasgos de la humana condición.

Juan XXIII ha empezado su Pontificado de rodillas.

L. d'Andraitx



Primera audiencia de Su Santidad